

John F. Kennedy, en el "despacho oval".

HISTORIADOR fundamentalmente, usted describe acontecimientos. Como consejero —"special assistant"— del Presidente Kennedy, usted contribuyó también, aunque sólo fuera con sus consejos, a la creación de acontecimientos. ¿Puede desempeñarse simultáneamente ambos papeles?

ARTHUR SCHLESINGER.—Simultáneamente es difícil. Progresivamente, uno lo consigue. Viendo de cerca cómo se conducen los asuntos del mundo, uno se vuelve mejor historiador.

—En mil novecientos sesenta y uno, cuando usted trabajaba de consejero en la Casa Blanca, algunos periodistas le reprocharon el que afirmase que en la invasión de la Bahía de Cochinos habían participado cuatrocientas personas (y no mil cuatrocientas, como ocurrió en realidad). ¿En qué calidad actuó entonces: como historiador o como político?

—A. S.—En aquel caso yo estaba implicado en el plano político. Era el precio que había que pagar por aquel desastroso y secreto asunto.

—¿Lo lamenta ahora?

—A. S.—Sí.

—¿Qué influencia tenía usted sobre Kennedy?

A. S.—Los Presidentes pesan más sobre sus consejeros que a la inversa. Por eso, uno es Presidente, y los otros, solamente consejeros. Yo trabajaba fundamentalmente en los asuntos exteriores, América Latina, Europa.

También me ocupaba de las cuestiones de justicia racial, de la cultura. Kennedy no deseaba una Casa Blanca estrechamente compartimentada. Se rodeaba de generalistas. Por temperamento, Kennedy era de la escuela de Roosevelt. No de la de un Eisenhower, un Nixon, y, según parece, de un Carter, partidarios todos éstos de organizaciones rígidas. Bajo Kennedy se examinaban una y otra vez las distintas opciones. Cuando llegó al poder, se encontró con una situación de hecho: así, por ejemplo, el Gobierno —nosotros decimos la Administración— que le había precedido consideraba a cualquier socialista como un títere de los comunistas. Se veía la participación del PSI en el Gobierno italiano más o menos con el mismo horror con que contemplan hoy muchos la participación del PCI. Nosotros apoyamos un Gobierno de centroizquierda en Roma. ¡Qué decepción! Pero nuestra actitud valía más que la política anterior.

—Por el solo hecho de haber trabajado con Kennedy, usted figuró entre los primeros de la lista de "enemigos" del Presidente Nixon. ¿Tuvo problemas?

A. S.—Yo figuraba en la primera lista en compañía de una quincena de personas. Mi mujer dice que

Operadores de la Casa Blanca

nuestra línea telefónica estaba interceptada.

—¿Qué prefieren ser los jóvenes brillantes que salen hoy de Harvard o de Stanford; presidentes de la IBM o de los Estados Unidos?

A. S.—Si son verdaderamente inteligentes, preferirán serlo de los Estados Unidos. Pero si se plantea la alternativa entre convertirse en promotor de una ciudad nueva en las montañas o pasar a ocupar la Casa Blanca, no sé...

—¿Cuál es, hoy por hoy, la actitud de la mayoría de sus conciudadanos frente al Presidente y la Presidencia?

A. S.—Es una actitud ambigua. Por un lado, les gustará poder admirar al ocupante de la Casa Blanca, esperan de él un liderazgo fuerte. Por otro lado, se siente cierto recelo ante la propensión de los Presidentes a abusar de su poder. La confianza ha disminuido claramente...

—Es un eufemismo...

A. S.—Efectivamente. Por primera vez sin duda en la Historia de los Estados Unidos, los americanos comprenden que sus jefes les mienten a menudo. Todos los dirigentes les mienten a su pueblo. Pero la idea de la mentira como instrumento sistemáticamente empleado —y no simplemente, si usted quiere, como una especie de dulcificante—, eso sí que constituye una novedad.

—¿Qué precedentes podemos encontrar?

A. S.—Es preciso matizar. Durante la campaña electoral de mil novecientos cuarenta, Roosevelt repetía: "Nunca, nunca más participarán vuestros hijos en una guerra extranjera". Se trata de una predicción engañosa entre otras muchas. Pero no recuerdo ninguna mentira de Kennedy comparable a las de Johnson o Nixon, a propósito del Vietnam. Claro está que en mil novecientos sesenta y uno y sesenta y dos estábamos mucho más comprometidos en esa guerra de lo que dejaban entender las declaraciones de la Administración.

—¿Acaso no mentó Kennedy por omisión?

A. S.—La omisión difiere de la mentira.

—Se disimula la verdad...

A. S.—Mentir es deformar, negar ciertas cosas, pervertir.

Cada guerra aumentan los poderes del Presidente

—En su último libro, "La Presidencia Imperial", usted escribe: "A comienzos de los años setenta, el Presidente de los Estados Unidos se había convertido, en los asuntos de guerra y de paz, en el monarca

ENTREVISTA CON ARTHUR SCHLESINGER



Historiador del kennedysmo —su obra, "Los mil días: J. F. Kennedy en la Casa Blanca" fue un auténtico "best-seller" en USA—, profesor de Harvard, al igual que Kissinger, Arthur Schlesinger fue llamado a la Casa Blanca como consejero por John Kennedy. En la entrevista que publicamos, Schlesinger explica a Olivier Todd cuáles son, en su opinión, los fallos de la Constitución americana que han permitido con excesiva frecuencia a los ocupantes de la Casa Blanca conducirse como amos del país. También explica cómo será la América de Jimmy Carter.

más absoluto (con excepción tal vez de Mao Tse-tung) de todas las grandes potencias del mundo". ¿Es ése el núcleo de su argumentación?

A. S.—Era la esencia de la situación. Ya ha dejado de ser verdad.

—¿Qué era esa "presidencia imperial"?

A. S.—Los padres fundadores de la República querían por un lado establecer un Gobierno nacional sólido, dirigido por un Presidente fuerte. Por otro lado, deseaban

Olivier Todd

contener a ambos en un sistema de responsabilidades, de "accountability": la Presidencia debía rendir cuentas al Congreso, eventualmente al poder judicial. Han entrado en funcionamiento otras barreras que no figuran en la Constitución: los partidos políticos, la prensa... La presidencia imperial surge cuando se instaura un desequilibrio entre el poder y la responsabilidad. Esto es especialmente grave por lo que se refiere a los asuntos exteriores. El Presidente se prevale de conocimientos particulares, de la necesidad del secreto. Actúa cada vez más solo. Cada guerra aumenta los poderes del Presidente. Y la presidencia imperial se crece con las crisis internacionales, sobre todo a partir de mil novecientos treinta y nueve.

—Usted dice en su libro que la presidencia imperial se pone en marcha en los años cuarenta y cincuenta, y que alcanza su apogeo en las décadas de los sesenta y setenta. ¿Cómo ocurre?

A. S.—En su origen, el Congreso —Senado y Cámara de Representantes— tiene tres poderes fundamentales: el de declarar la guerra, decidir los gastos públicos y supervisar e investigar. En un sistema en el que en teoría el Gobierno se subdivide en tres ramas —la ejecutiva, la legislativa y la judicial—, se corre el peligro de la inercia, si una de las ramas no toma la iniciativa. Históricamente, en la práctica es precisamente la Presidencia la que toma la iniciativa. En mil novecientos cuarenta y uno, a propósito de los acuerdos concluidos con Gran Bretaña, Roosevelt da por supuesto el que si el Congreso ha votado la autorización de enviar mercancías a Gran Bretaña, es sin duda porque ese mismo Congreso quiere que esas mercancías lleguen a las costas inglesas. De ahí que Roosevelt desplegara parte de fuerzas navales norteamericanas en el Atlántico Norte para proteger a esos convoyes. En cierto sentido, es el comienzo de la usurpación de un poder que corresponde al Congreso, el de decidir sobre la guerra y la paz.

—¿Uso o abuso del poder presidencial?

A. S.—Una situación de tal género plantea el problema de la existencia de un auténtico estado de excepción: es decir, del empleo del poder presidencial en una perspectiva que no es estrictamente constitucional. Un caso, un precedente clásico es el planteado por Lincoln en mil ochocientos sesenta y uno: ordena una serie de gastos y moviliza sin contar con el Congreso. A este último le explica que se trata de una situación de emergencia. Declara: "He oído hablar de la amputación de un miembro a fin de salvar una vida; jamás del sacrificio de una vida para salvar un miembro. La Constitución es el miembro, la Unión (los Estados Unidos), la vida. Era preciso amputar la Constitución para salvar a la Unión". Doctrina peligrosa y justificable únicamente cuando la República corre peligro. Y cuando este peligro es sentido como tal por el Congreso, el poder judicial y el pueblo.

—En mil novecientos sesenta, en el National Press Club, Kennedy declara que el Presidente debe estar "dispuesto a ejercer plenamente los poderes inherentes a su cargo, los establecidos de antemano y los que no lo están". Existe ya ahí el riesgo...

A. S.—Kennedy no hacía más que invocar una doctrina archiconocida de los historiadores y los politólogos, doctrina formulada por Jackson, Lincoln o los dos Roosevelt. En algunos casos, es de recibo.

—¿Llegó usted a discutir de la extensión de los poderes presidenciales con los Kennedy, John y Robert?

A. S.—Cuando vivía John Kennedy, la cuestión del poder presidencial era algo que se cala por su propio peso. Personalmente pienso hoy que la expresión "presidencia fuerte" debe ir siempre seguida de la frase "dentro de los límites de la Constitución".

La mística presidencial

—Un día usted escribió que los historiadores —y usted entre ellos— han contribuido a crear la mística presidencial. ¿Cuál es esa mística?

A. S.—Por un lado, entraña una especie de deferencia sistemática hacia la Presidencia; la idea de que un personaje, una vez elegido, se transforma. Antes de la elección, la gente ve a un político ordinario con el que se pueden tomar copas e intercambiar chistes. Es un hombre que se pone los pantalones como todo el mundo; primero se mete una pamera, luego la otra. Una vez elegido Presidente, cambia de modo brusco; se produce en él una especie de transustanciación. Es algo que recuerda poderosamente la

Los emperadores de la Casa Blanca

magia de la monarquía en Gran Bretaña. Este fenómeno se podía desarrollar en Estados Unidos durante el siglo diecinueve. Durante el siglo diecinueve, ningún culto de la personalidad rodea a los Presidentes Fillmore o Hayes. Sólo en el siglo veinte se atribuyen al Presidente caracteres casi monárquicos. Se comienza a llamar a su esposa "the First Lady", Primera Dama de los Estados Unidos, y a su tribu "la Primera Familia". Kennedy contribuye involuntariamente al culto. Es la faceta de Presidente-estrella. Su mujer es bellísima; sus hijos, muy guapos...

—La televisión potencia esa imagen...

A. S.—Naturalmente. Pero hay más. Incluso un hombre tan modesto como Gerald Ford manda enviar su cama por avión para que el cuerpo real no se sienta incómodo en una cama distinta en un hotel de California. Todo ello es absurdo.

"La mística presidencial tiene también un aspecto constitucional. Los Presidentes reivindican ciertos poderes, implícitos según ellos. En mil novecientos treinta y tres, durante una grave crisis económica, Franklin Roosevelt declara que el país está, por así decir, en estado de guerra, y que el Presidente debe disponer de mayores poderes. Roosevelt los solicitará del Congreso. Después de la segunda guerra mundial, algunos Presidentes comienzan a pensar que la Presidencia entraña determinados poderes. Por consiguiente, no necesitan pedir al Congreso su delegación. La Constitución estipula sencillamente y de modo un tanto críptico que

el poder ejecutivo incumbe al Presidente. La Constitución es más precisa, mucho más explícita cuando define los poderes del legislativo y del poder judicial.

—¿Tiene el ejecutivo un margen de maniobra más amplio?

A. S.—Sí. Los poderes atribuidos específicamente al Presidente son bastante limitados: así, informa al Congreso, nombra a los embajadores o a los principales oficiales tras escuchar los consejos y contar con la anuencia del Senado. Negocia los tratados. Otros instrumentos del ejecutivo, como por ejemplo el gabinete, no están fijados con precisión en la Constitución. Los padres fundadores han descrito este ejecutivo en términos bastante generales, con una búsqueda ambigüedad, dejando lagunas. Tenían —con razón— confianza en George Washington.

"Otro poder del ocupante de la Casa Blanca —muy importante— es el de vetar las leyes aprobadas por el Congreso. Pero este último puede, a su vez, anular el veto presidencial, que se convierte así en condicional. No obstante, la utilización del veto es fluctuante. Se transforma con Andrew Jackson, quien veta una serie de leyes no por considerarlas contrarias a la Constitución, sino porque le parecen malas. Esto es algo fundamental. Hay que considerar a Jackson como el inventor de la Presidencia moderna. Al llegar a mil novecientos setenta, en la práctica, el Presidente ejerce el derecho de declarar la guerra, se arroga el poder de bloquear los fondos, es decir, de infringir ciertas instrucciones del

Congreso. Y no contento con ello, pretende protegerse del Congreso, de sus investigaciones, de su control, a través del "privilegio del ejecutivo", invocado hasta el colmo por Richard Nixon.

—¿Hay dominios reservados a la Presidencia?

A. S.—En un principio, los dominios reservados se limitaban a la política exterior y a la diplomacia cotidiana. Era algo generalmente aceptado. Además, el Presidente era comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, aunque, también en un principio, sus poderes eran limitados. El Presidente los ejercía después de que el Congreso declarase la guerra. La dirección de la diplomacia, conjugada con el poder de comandante en jefe, entrañaba posibilidades utilizables por los Presidentes. En mil ochocientos cuarenta y seis, el Presidente Polk ordena a las tropas norteamericanas entrar en un territorio sobre el que tienen pretensiones los Estados Unidos y Méjico. Los soldados mejicanos atacan al Ejército norteamericano. Polk pide inmediatamente al Congreso la declaración de guerra, cosa que conceden ambas Cámaras. De hecho, como comandante en jefe, Polk creó una situación que exigía del Congreso una ratificación, esa declaración de guerra.

"Una vez dicho esto, no quisiera dar la impresión de que en toda la Historia americana, el Congreso haya tenido siempre razón y los Presidentes no hayan hecho, por el contrario, más que equivocarse. En general, durante el siglo diecinueve, el Congreso mostró mayor beligerancia que los Presidentes. Cuando la guerra con España de mil ochocientos noventa y ocho, fueron las Cámaras las que forza-



Andrew Jackson, inventor de la Presidencia moderna.

ron la mano del Presidente. Estos últimos años, y como consecuencia del conflicto del Vietnam y del asunto del Watergate, los americanos han venido atribuyendo al Congreso mayor prudencia que al Presidente. No se trata de concederle todos los poderes al Presidente o concedérselos todos al Congreso. Es preciso asegurar un reparto equilibrado de esos poderes entre el ejecutivo y el legislativo.

—¿El párrafo de tratados secretos o la firma de cláusulas secretas anejas a los tratados son síntomas, manifestaciones claras de la "presencia imperial"?

A. S.—Sí. Hoy, por ejemplo, está claro que, durante las negociaciones en París entre Hanoi y Washington, se tomaron acuerdos secretos relativos a la ayuda económica al Vietnam del Norte. Por otro lado, se dieron ciertas seguridades al general Thieu, en Saigón, prometiéndole apoyo para el caso de que se violaran tales acuerdos de París. Se intercambiaron cartas que contenían compromisos presidenciales secretos, pero que no comprometen a los Estados Unidos.

—Nixon quiso elevar el secreto a principio de Gobierno. ¿Es posible suprimir completamente el secreto de los asuntos de Estado? ¿Cuáles son sus límites?

A. S.—Todo Gobierno necesita un margen confidencial. No es posible invocar, digamos, un derecho constitucional que concediese a las agencias de prensa la posibilidad de tener siempre a un hombre en el despacho presidencial, que registrase todas las conversaciones que allí se mantuviesen. Parece evidente la necesidad del secreto en lo relativo a nuevas armas, a métodos de los servicios de información, a otros asuntos militares o a la propia seguridad nacional...

—Bajo Nixon, la Casa Blanca se dedica a invocar seguridad y defensa nacional a troche y moche...

A. S.—Se trata de garantizar que la etiqueta de "seguridad nacional" no se convierta, para un Gobierno, en medio de disimular errores o reforzar legítimamente su poder. En los Estados Unidos, el secreto exi-



Kennedy contribuyó, aunque fuera involuntariamente, a crear la imagen del Presidente estrella. En la fotografía, con su esposa Jacqueline, durante una visita oficial a París, en 1961.

ge ser redefinido y controlado. El Congreso puede revisar todo el sistema de clasificación de los documentos gubernamentales. Debería haber un método de desclasificación sistemática. Claro que yo hablo como historiador. En mi opinión, todos los documentos gubernamentales deberían ser accesibles transcurrido un plazo de diez años. En este campo, nuestro historial no es tan malo. El último volumen dedicado a la política exterior de los Estados Unidos cubre un período que va hasta mil novecientos cincuenta. Un plazo de veinticinco años no está mal...

Federalismo y Gobierno nacional fuerte

—En cuanto a la política interior, ¿dónde se manifiesta la "presidencia imperial"? ¿Se limita su estructura federal al imperialismo presidencial?

A. S.—Nuestro federalismo significa que los americanos disfrutan en cierto sentido de doble ciudadanía. Están sometidos a la jurisdicción de las leyes promulgadas por un Gobierno nacional, y por otro lado, a las votadas en el Estado donde habitan. A los ojos de los americanos, durante mucho tiempo, sólo las últimas tenían importancia. Durante la mayor parte de su Historia, los americanos fueron conscientes de la existencia de un Gobierno nacional gracias... al sistema postal y a las aduanas. No se llegó a establecer un impuesto federal sobre los ingresos antes del déficit de la guerra civil. Poco a poco, del mismo modo en que el poder ha pasado del Congreso al Presidente, lo ha hecho igualmente de

los distintos Estados al Gobierno federal en Washington.

—En el frente interior, ¿hay ejemplos aceptables de la expansión del poder presidencial?

A. S.—En general, el aumento del poder del Gobierno nacional en detrimento del de los Estados particulares constituye un desarrollo positivo. Demasiado débil en política interior, la Presidencia es excesivamente fuerte en su tratamiento de los asuntos exteriores. El problema racial demuestra claramente que necesitamos un Gobierno nacional fuerte. Después de mil ochocientos setenta y seis, los Estados reconquistaron sus derechos. ¿Cuál fue entonces el resultado? No el restablecimiento de la esclavitud, pues ésta había quedado abolida constitucionalmente. Lo que ocurrió fue que los negros se convirtieron en ciudadanos de cuarta categoría.

"El Gobierno de Washington hubo de intervenir lanzando un movimiento en pro de la justicia racial. El Movimiento de los Derechos Civiles fue desencadenado por el Gobierno federal contra los prejuicios locales, y en algunos casos excepcionales, por la propia Presidencia: así, Eisenhower envió tropas federales a Little Rock, Arkansas, en mil novecientos cincuenta y siete; Kennedy las envió a Alabama el once de mayo de mil novecientos sesenta y tres. Algunos ciudadanos de esos Estados interpretaron aquello como una prueba de imperialismo por parte de la Presidencia. Pero esas decisiones, esas intervenciones me parecen justificables constitucionalmente, y, sobre todo, socialmente necesarias, indispensables.

"Tomemos otro problema nacional: la conservación de los recursos naturales. En algunos Estados, la



Roosevelt solicitó del Congreso, en 1933, poderes especiales para hacer frente a la crisis económica.

gente quiere obtener el mayor volumen posible de madera de sus bosques. O defienden un determinado tipo de minas que permiten extraer el carbón cerca de la superficie. Pero el sulfuro empleado va a parar a los ríos, destruye el entorno. El Gobierno federal nacional ha dictado normas para proteger los recursos naturales contra los apetitos locales. Igualmente ha apoyado el derecho de los obreros a organizarse. Los Gobiernos de muchos Estados son abiertamente hostiles a los sindicatos.

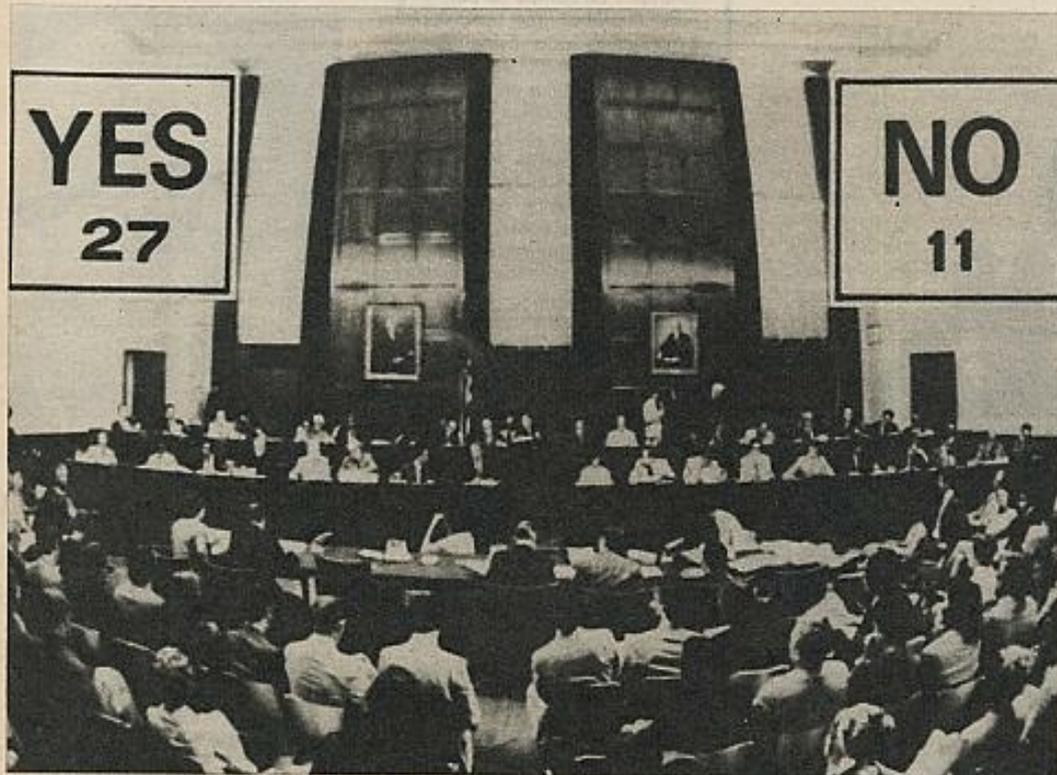
—En las relaciones de fuerzas, en los intentos de reequilibramiento del poder presidencial, ¿qué papel juegan los sindicatos?

A. S.—Tienen mayor influencia en los Presidentes demócratas, como el mundo de los negocios influ-

ye sobre todo en los republicanos. Sólo un veinticinco por ciento de los trabajadores norteamericanos están sindicados. Los sindicatos cumplen un papel en relación con la política social, pero también influyen en política exterior. Esto se debe en parte a la importancia de George Meany, jefe de la central AFL-CIO, hombre con espíritu de guerra fría, de la hornada del cincuenta. En algunos casos, los estibadores se han negado a cargar barcos soviéticos.

"Volvamos a la intervención gubernamental en el plano interno. Es algo esencial para establecer ciertos derechos, determinadas libertades. Quienes, como el gobernador Reagan o el senador Goldwater, critican el Gobierno nacional en este punto, afirman que la expansión de su poder limita las libertades individuales. ¿Qué derechos son los vulnerados realmente? ¿La libertad de emplear a muchachitos en talleres malsanos? ¿La libertad de pagar salarios insuficientes, de trabajar en malas condiciones? ¿De poner a la venta y vender títulos o acciones fraudulentas? No, el único dominio en el que haya violado el Gobierno nacional las libertades individuales es de la competencia de las "agencias" de información, y en particular del FBI. Ahora bien, los conservadores, que atacan al Gobierno federal cuando intenta sanear o reglamentar determinadas facetas del mundo de los negocios, o potenciar la justicia social y racial, son partidarios entusiastas del FBI.

"Las pullas contra Washington, la moda anti-Washington se deben al convencimiento de los ciudadanos de que algunos hombres de la capital han mentido. Preguntad a quienes atacan a Washington por



Nixon ha sido, de todos los Presidentes norteamericanos, el más "imperialista". En la foto grande, el Comité Judicial del Senado recomienda, por mayoría de votos, el "impeachment" del hombre del Watergate.

ALIANZA UNIVERSIDAD

E. H. CARR

HISTORIA DE LA RUSIA SOVIETICA

LA REVOLUCION BOLCHEVIQUE
(1917-1923)

1. La conquista y organización del poder AU 15
2. El orden económico AU 19
3. La Rusia soviética y el mundo AU 35

EL INTERREGNO (1923-1924) AU 75

EL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS
(1924-1926)

1. El escenario.
El renacimiento económico AU 85
2. La lucha en el partido.
El orden soviético AU 120
3. Las relaciones exteriores
Primera parte La Unión Soviética y Occidente AU 151
Segunda parte La Unión Soviética y Oriente. La estructura de la Comintern AU 152

Los emperadores de la Casa Blanca

su opinión sobre la seguridad social o el seguro nacional contra la enfermedad... Es evidente que son favorables a esos servicios. Se oponen a Washington, a la burocracia en abstracto. Los americanos desarrollan una especie de esquizofrenia frente a un Gobierno activo. Cuando esa misma gente se enfrenta a decisiones que les son útiles en un sentido concreto, indudablemente se muestran a favor del empleo por Washington de sus poderes.

—Usted concede bastante importancia en su libro al poder de la prensa. ¿Cuarto poder, contrapoder? ¿Concibe también límites en ese campo?

A. S.—Woodward y Bernstein han seguido una vieja y honorable tradición. Es lógico que haya límites a los derechos de la prensa durante una guerra. Durante la batalla de Midway, en el Pacífico, tuvimos un caso célebre: los americanos lograron descifrar el código secreto de los japoneses. Conocíamos, pues, las posiciones de sus barcos de guerra. Un diario, "The Chicago Tribune", publicó sus posiciones durante una batalla que se prolongó largo tiempo. Los barcos de ambas flotas no se velan entre sí. Eran sobre todo los aviones los que intervenían en los combates. Roosevelt estaba convencido de que los japoneses verían el artículo del "Tribune", que comprenderían que su código había sido descifrado, que lo cambiarían y que ese cambio podría modificar el curso de la guerra. Por fortuna, parece que los servicios de información japoneses no leían con asiduidad el "Chicago Tribune". En tiempo de paz, en general, la prensa debe tener derecho a publicarlo todo. Evidentemente, en los Estados Unidos hemos llegado un poco lejos en el tratamiento de los "escándalos" o supuestos escándalos de la vida privada. Si un hombre se presenta borracho en el Congreso o en el Tribunal Supremo, los periódicos pueden hablar de ello. Pero si bebe en su casa, o si tiene un lío amoroso, es algo que le concierne a él exclusivamente. Ahora, por ejemplo, acabamos de hacer un descubrimiento realmente extraordinario: a saber que Franklin D. Roosevelt, Dwight D. Eisenhower, John F. Kennedy, Martin Luther King eran todos ellos heterosexuales...

—¿Quiere decir que tenían amantes?

A. S.—Sí. Eso no me parece que tenga demasiada importancia para los asuntos públicos.

—No obstante, mientras viven y ejercen sus cargos, los ocupantes de la Casa Blanca están protegidos por esa especie de mística presidencial. No. En la prensa no se hablaba, por ejemplo, de los amores de Kennedy...

A. S.—Ni de la dipsomanía de Nixon...

—Mientras que se nos informa con todo lujo de detalles sobre el estado físico del Presidente. O si la

mujer del vicepresidente sufre de un cáncer de mama, se nos explica si interesa al seno derecho o al izquierdo... ¿De cuándo data esta costumbre?

A. S.—Todo ello empezó bajo Eisenhower, que tuvo ciertos problemas de salud. Antes de mil novecientos cincuenta y seis, y para justificar su decisión de volver a presentar su candidatura, Eisenhower comenzó a hacer públicos sus boletines de salud. Después, la prensa —también ella imperialista—, exigió precisiones: "La gente tiene derecho a saber".

—Los franceses tuvimos el mismo problema con Georges Pompidou. Pero, ¿dónde fijar el límite?

A. S.—Los individuos que sufren trastornos psicológicos o cuyo estado físico no les permite asumir sus obligaciones, no deberían convertirse en Jefes de Estado. En nuestro país, esa cuestión se planteó en mil novecientos cuarenta y cuatro, a propósito de la reelección de Roosevelt. Probablemente éste no habría debido presentarse otra vez. Pero parece que le engañaron sus médicos, preocupados por elevar la moral de un hombre que parecía indispensable en un período de guerra que se prolongaba indefinidamente.

—¿Qué Presidencia hereda Jimmy Carter? ¿Qué le deja Ford, "cuya torpeza e imbecilidad han sido, según usted, objeto de exageración"?

A. S.—El paso de Ford por la Presidencia demuestra que ésta es relativamente indestructible. Personaje sin fuerza, Ford no ha tenido nunca ambición de poder. Como



George Meany, jefe de la influyente central sindical AFL-CIO y hombre con espíritu de guerra fría.

Presidente se vio marcado por los estigmas de la ilegitimidad...

—Presidente bastardo, puesto que no había sido elegido.

A. S.—En efecto. Además, ni siquiera controlaba su propio partido. Esto se vio perfectamente durante la convención republicana, en la que si al fin obtuvo el nombramiento como candidato republicano fue por los pelos, con Reagan pisándole los talones. El nombre de Ford está en la boca de todos los "chansonniers" de nuestras salas de fiestas. Ford ha utilizado su derecho de veto cincuenta veces. Y sólo diez veces ha visto ratificado sus vetos. Todo ello parece sugerir que los poderes de un Presidente estarán plenamente garantizados con un hombre que quiere el poder y al que apoya su partido. Es el caso de Carter.

Vietnam y el Watergate, liquidados

—Usted escribe: "Las pulsiones psíquicas del hombre que ocupa el despacho oval inciden fundamentalmente en el estilo de cada Presidente". ¿Quién es Carter? ¿Qué pulsiones le caracterizan? En Europa, muchos observadores distinguidos —o que se creen tales— se han referido a la "mediocridad" de los dos candidatos.

A. S.—Es verdad que podría hablarse de mediocridad a propósito de ambas campañas. Pero la elección de Carter liquida ciertos problemas históricos. Primeramente, el Watergate: en última instancia, Ford también perdió, porque indultó a Nixon. Surgieron dudas y vacilaciones a propósito de Ford, sobre todo cuando se insinuó que podía haber enterrado en mil novecientos setenta y dos la primera investigación de la Cámara de Representantes, siguiendo instrucciones de Nixon. Si hubiese ganado Ford, el Watergate seguiría vivo. Carter nos ha liberado del mismo. También está liquidada la guerra del Vietnam, sobre todo si el nuevo Presidente indulta a los que se negaron a ser movilizados...

—Parece vacilar...

A. S.—Sólo a propósito de los desertores. Si podemos concederle el "perdón" a Richard Nixon, igualmente podemos indultar a todos esos jóvenes que comprendieron la inmoralidad y la iniquidad de una guerra como la del Vietnam. Otra liquidación histórica, la guerra civil: desde Zacarías Taylor, en mil ochocientos cuarenta y ocho, Carter es nuestro primer Presidente salido del profundo Sur. Un gobernador sudista que goza de semejante apoyo entre los negros es algo importante. El problema negro es el más grave de todos los que nos afectan. Desde Robert Kennedy, ningún político blanco ha gozado tanto de la confianza de los negros como Carter. Una paradoja: descendiente de esclavistas, Carter fue elegido gracias a los votos de los descendientes de los esclavos. Es algo saludable al país. Fuera de eso, Carter, como persona, sigue siendo un misterio.



Los Ford, con su perro "Sugar", en la residencia particular de la "primera familia": sólo en este siglo se atribuyen a la Presidencia caracteres casi monárquicos

—¿Incluso para usted que lo conoce personalmente?

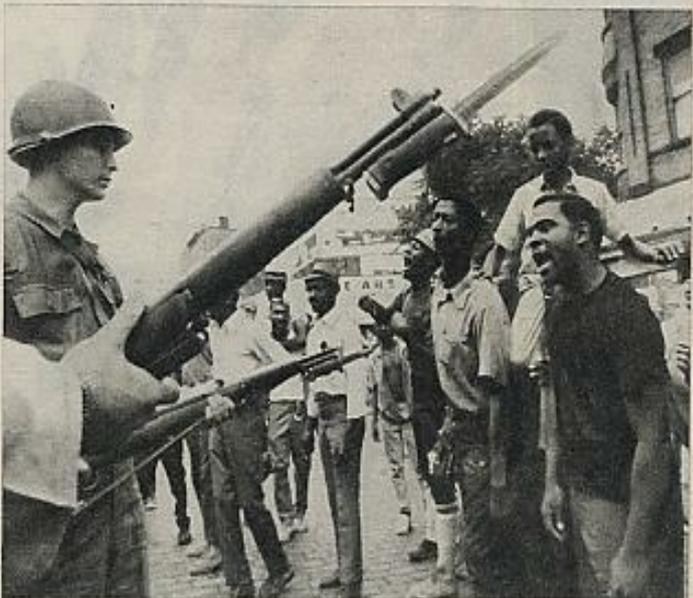
A. S.—Sí: la impresión que produce es la de un hombre muy ambicioso y muy brillante.

—¿Diría usted lo mismo de Ford?

A. S.—No. Pero atención: Ford no era estúpido; en cualquier caso, era tan inteligente como su predecesor. Carter sí que es realmente inteligente. Tiene un espíritu más de administrador que de innovador. Por el momento, al menos, no me parece un hombre con imaginación social.

—¿No habrá, pues, bajo su mandato algo equivalente al "New Deal", a la "Nueva Frontera"?

A. S.—No creo. Además, ni siquiera él lo ha prometido. Únicamente se ha comprometido a modelar una Administración capaz de funcionar. A los líderes del Congreso les pide la autoridad necesaria para reorganizar los rodamientos de esa máquina. Personalmente soy escéptico, no veo cómo por el solo hecho de reducir el número de "oficinas" o de "agencias" van a producirse milagros, o cómo se va a relanzar sencillamente la eco-



El problema racial demuestra claramente que USA necesita un Gobierno nacional fuerte. En la foto, la Guardia Nacional, durante una intervención en Newark, New Jersey.

nomía. Otras características de Carter: es el primer hombre de negocios en ocupar la Presidencia. Truman era comerciante, Carter es también el primer diplomado de nuestra Escuela Naval que ocupa el despacho oval. También, el primer ingeniero desde Hoover. Todo eso parece sugerir una imaginación tecnocrática. Se trata, igualmente, del primer ingeniero nuclear...

—¿Hay que tomarle en serio en ese sentido?

A. S.—Sí. Aunque no tanto cuando se refiere a su pasado de físico nuclear. Esto no le impide ser, naturalmente, el primer hombre de Estado con conocimientos técnicos en ese sector. Carter tiene convicciones profundas en cuanto a la importancia del control de los ingenios nucleares. Empleará su competencia y toda su energía en las discusiones en torno a las conversaciones SALT.

—Muchos comentaristas afirman que la política exterior de Carter no diferirá apenas de la de Ford...

A. S.—La política de Carter seguirá siendo lo que Kissinger quería que fuese con respecto a la distensión. Carter mostrará menor tolerancia que Nixon hacia las dictaduras. No mantendremos el mismo tipo de relaciones amistosas que hemos tenido con el Portugal de Salazar, la Grecia de los coronales, la España franquista, el Brasil actual, el Chile posterior a Allende. Acogeremos con mayor simpatía al Gobierno Soares, y mostraremos mayor distanciamiento hacia el régimen de Pinochet.

—¿Qué hay de regímenes como el del Irán?

A. S.—La cuestión del Oriente Medio, entre el petróleo e Israel, es bastante complicada. Dudaría en pronunciarme en relación con el Irán. En Latinoamérica, nuestra política será más acertada. Por lo que respecta a África, se seguirán más bien los pasos del último Kissinger.

—Con frecuencia se subraya que Carter no tiene apenas experiencia en política exterior.

A. S.—Este campo no encierra tantos misterios. En los Estados Unidos, gentes experimentadas han cometido tales errores durante los últimos años que el argumento de la experiencia no me parece que tenga demasiado peso.

—Usted cita a Maquiavelo: "Puede juzgarse del espíritu de un señor con sólo fijarse en quienes le rodean". ¿Quiénes forman el entorno de Carter?

A. S.—Es la cuestión más seria y preocupante de todas las que afectan al nuevo Presidente. ¿Hasta qué punto se muestra abierto? ¿O está dispuesto a aceptar francas discusiones con gentes tan astutas como él? Los desacuerdos no molestaban a Franklin Roosevelt, a John o Robert Kennedy. Ninguno de ellos era prisionero de un pequeño equipo posesivo. Parece que lo que se llama hablar, Carter sólo habla con media docena de personas: su mujer, Jody Powell; Hamilton Jordan, Charles Kirbo, Jack Watson, Stuart Eisenstadt, que se

Los emperadores de la Casa Blanca

ocupa del traspaso de los poderes en Washington.

"Naturalmente, en política exterior, durante la campaña, Carter consultó a expertos muy distintos, Brzezinski, Vance, Harriman, Nitze, James Schlesinger —que no tiene ningún parentesco con Arthur—. Pero los hombres próximos a Carter tienen, generalmente, quince o veinte años menos que él. Roosevelt y Kennedy se rodeaban de gentes que tenían más o menos su misma edad y su misma capacidad. Por el momento, no parece haber el mismo ambiente en torno a Carter. Lo atrayente en su caso es que, al no proceder del "establishment" nacional, puede traer a gente nueva con nuevas ideas. Creo que le gustaría tener un gabinete compuesto en sus dos terceras partes de gentes desconocidas del gran público.

—Una cuestión preocupaba a los Ministerios de Asuntos Exteriores: ¿quién sustituiría a Kissinger en la Secretaría de Estado? Algunos tenían la impresión de que podía pasarse sin Kissinger.

A. S.—Henry es muy brillante, muy capaz...

—Cuando un ex profesor de Harvard comienza así a propósito de otro, uno puede esperarse un vapuleo.

A. S.—Henry es un viejo amigo a pesar de nuestros violentos desacuerdos sobre el Vietnam (1). Pero las cancillerías deben hacerse a la idea de que vamos a tener otro secretario de Estado. Cyrus Vance es el candidato del "establishment", hombre de buen juicio, razonable. Carter tiene un problema: no conoce a tanta gente en el mundo político. No se sabe cómo entenderse con el responsable de un departamento ministerial. Para un Presidente es más fácil nombrar que despedir.

Carter y el eurocomunismo

—¿Hasta qué punto esán dispuestos, bajo Carter, los norteamericanos a comprometerse en Europa?

A. S.—O, dicho de otro modo: ¿va a producirse un nuevo aislacionismo? Es interpretar mal la lección del Vietnam suponer que esa experiencia ha propiciado la nega-



Carter tiene un espíritu más de administrador que de innovador. En la foto, con uniforme de guardia marina de la Academia Naval de Annapolis, poco antes de su graduación.

tiva a comprometerse —militarmente o bajo cualquier otra forma—. Los Estados Unidos no quieren extraviarse en ninguna región donde nuestro interés nacional vital no esté amenazado. Ocurra lo que ocurra en el Vietnam, ello no afectará a la seguridad de los Estados Unidos. Para nosotros, Europa presenta un interés permanente. Ya en mil ochocientos quince, Jefferson declaraba que si toda Europa pasase a depender de un solo hombre, peligraría la seguridad de los Estados Unidos. Napoleón, el Kaiser, Hitler, Stalin, han sido considerados como otras tantas amenazas por los Estados Unidos.

—¿Diría Carter, como dijo Ken-

nedy frente al muro de Berlín: "Ich bin ein Berliner"?

A. S.—Creo que sí. Cada vez que se trataba de política interior europea, Kennedy se creía capaz, como europeo de origen, de darles lecciones a los propios europeos sobre lo que les convenía. Y estaba resentido contra quienes, en el Oeste, no seguían su política sin rechistar. Carter dará más importancia a los propios conocimientos y a las experiencias particulares de los europeos. Tomemos, por ejemplo, el eurocomunismo: los americanos no se pondrán a aplaudir si es que los comunistas llegan a participar en un Gobierno italiano, pero esto no quiere decir que vayan a tomar medidas extremas.

—¿Y si la izquierda francesa ganase las elecciones en mil novecientos setenta y ocho?

A. S.—Creo que Mitterrand tiene fuerza suficiente como para contener a los comunistas. Personalmente opino que en Francia, Italia o España, los Partidos Comunistas pueden llegar a ser partidos nacionales. Pero es poco probable que se conviertan alguna vez en partidos democráticos.

—Las conclusiones de su libro son optimistas respecto del porvenir de los Estados Unidos. En su opinión, la Constitución norteamericana impide que el Gobierno pueda disminuir poco a poco las libertades de los ciudadanos. ¿No debería revisarse la Constitución americana en función del pasado?

A. S.—El único cambio que propugno no tiene nada que ver con la Presidencia: soy decididamente partidario de la supresión del cargo de vicepresidente. El sistema fran-

cés de sucesión es mejor. En una democracia debe ser el pueblo quien elija a su magistrado supremo. En cuanto a la Presidencia, en los Estados Unidos, el Congreso podría votar ciertas leyes que limitasen el volumen del equipo, del staff de la Casa Blanca. Roosevelt libró la segunda guerra mundial con una docena de consejeros. Al final de su paso por la Casa Blanca, Nixon tenía cincuenta. Ford solicitaba del Congreso noventa y cinco. Es absurdo. Ningún Presidente debería contar con más consejeros especiales de los que puede controlar personalmente. Es algo a lo que Carter se ha comprometido.

—En mil novecientos cuarenta y ocho y, de nuevo, en mil novecientos sesenta y dos, su padre, historiador como usted, realizó un sondeo cerca de sus colegas. Les pidió que clasificaran a los Presidentes americanos dentro de dos categorías: los "grandes" y los "fracasados". ¿Si usted tuviese que clasificar en una escala a los Presidentes en función de sus tendencias "imperialistas" desde mil novecientos cuarenta y cinco?

A. S.—En cabeza —o en último lugar, según se mire— colocaría a Nixon. Luego pondría a Johnson y a Truman. Pero también Kennedy y Eisenhower han contribuido a potenciar la "Presidencia imperial".

—¿Dónde supone que habrá que colocar a Carter?

A. S.—Será fuerte, rápido, agresivo —espero que todo ello dentro de los límites de la Constitución.

■ Declaraciones recogidas por OLIVIER TODD. (Copyright "Le Nouvel Observateur".)



Descendiente de esclavistas, Carter ha sido elegido gracias a los votos de los descendientes de los esclavos.

(1) En 1967, Arthur Schlesinger publicó "La amarga herencia", donde atacaba violentamente la política exterior de Lyndon Johnson. Después se opondría a "la extensión de la guerra", en especial a Camboya y, más tarde, a las iniciativas militares que servían de "palanca" a la diplomacia de Henry Kissinger y Richard Nixon en sus negociaciones con Hanoi hacia el final del conflicto en 1972.